

EL CINE



JOSEFINA OCHOA, BELLISIMA ARTISTA DE LA CINEMATOGRAFIA MUNDIAL

20
céntimos



De la noche a la mañana
Victoria se siente arrebatada
de un misticismo ardiente...

Y en las alturas del incompa-
rable Montserrat sintió que su espíritu
se desprendía definitivamente de las
miserias de la carne

Creación de la gentil
ARMEN VIANCE

Ni la compañía de su futuro
lograba distraer su alma arrebatada
por místicos ensueños...



LA LOCADA DE LA CASA

según la obra del glorioso
D. BENITO PÉREZ GALDÓS

LA QUE
TODOS
LEEN



NOVELAS ESCOGIDAS

Y TODOS
PUEDEN
LEER

LA MAS MORAL, AMENA E INTERESANTE DE CUANTAS SE PUBLICAN
OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

«Anita (la Hija de Aventureros)», por M. Dely. (Décima edición).
«El Rey de los Andes», por M. Dely. (Quinta edición).
«Ruinas en flor», por Guy Chantepleure. (Sexta edición).
«Amor que todo lo vence», por Juan de la Brète. (Sexta edición).
«Los terrores de Lady Susana», por Clara de Chandeneux. (Segunda edición).
«El sueño de Suzy», por Henri Ardel. (Segunda edición).
«A los dieciocho años», por M. Aigueperse. (Agotada).
«Rosa Perrin», por Alice Pujo.
«Amor es vida», por M. Alanic. (Segunda edición).

O'Noll. (Segunda edición).
«El mal paso», por Jacques des Gachons.
«Kitty», por K. Taynan.
«La Marquesita», por Dourliac.
«Un cuento azul», por Henri Ardel.
«Ninón», por Guy Wirta. (Segunda edición).
«Silencio heroico», por Jean de la Brète. (Segunda edición).
«Amada en el dolor», por René Star.
«El Secreto de Kernic», por Paul Segonzac. (Segunda edición).
«La Paloma de Rudsay-Manor», por M. Dely.
«La doble farsa», por G. de Wailly.
«El rey que tuvo un solo amor», por J.
«La Profesora de Piano», por Florence

Lagufa. (Segunda edición).
«Hija de héroes», por M. Dely.
«Doris», por Curtis Yorke.
«Paulina», por G. de Wailly.
«El crimen de un comediante», por Pierre Gourdon.
«Hipócrita», por M. Dely. (Segunda edición).
«Un grito en las tinieblas», por A. Flo-ry. (Segunda edición).
«La dama del castillo negro», por G. N. Williamson. (Segunda edición).
«El juramento de Lúcia», por G. de Wailly.
«Todo llega», por Henri Ardel.
«El misterio del Torreón», por De Buxy

Próximas a aparecer: «La casa de los ruiseñores», por M. Dely y otras muchas en preparación
Tomos en 8.º, a ptas. 4 en rústica con vistosa cubierta en colores, y 5'50 ptas. en tela

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

y en esta Administración, previo envío de su importe en sellos de Correos o por Giro Postal
libre de todo gasto de envío



Emocionante momento de
«Consumatum est»

EL CINE

PORTAVOZ CINEMATOGRAFICO NACIONAL

Propietario: **Manuel Coronas**

Director: **J. Pérez de la Fuente**

Administrador: **Joaquín Noy**

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Séneca, 11 - Teléf. 2450 G - BARCELONA

DELEGACIONES EN:

MADRID - VALENCIA - SEVILLA - PARÍS - LONDRES
MUNICH-NEW YORK-LOS ÁNGELES-HOLLYWOOD
ROMA - VARSOVIA

Corresponsales en todas partes del mundo

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

España 10 pías. año
Extranjero 15 " "

Barcelona 26 de Abril de 1928

AÑO XVII NÚMERO 838

REPASANDO ARCHIVOS

El escenario del Diluvio según Leonardo de Vinci

A título de curiosidad ofrecemos a nuestros lectores el siguiente escenario escrito por Leonardo de Vinci, famoso pintor italiano.

A pesar del tiempo transcurrido—Leonardo de Vinci murió el año 1519—la descripción de dicho escenario parece predecir el advenimiento de la cinematografía.

He aquí como describe este inmortal pintor el Diluvio.

El aire será obscuro, a causa de la lluvia, que cae oblicuamente, bajo la presión transversal del viento, haciendo ondas en el aire como en las trombas de polvo, con la diferencia de que estas ondas serán atravesadas por las líneas que formen otras masas de agua que caen rectas.

Su color será el formado por los relámpagos, desgajando las nubes, cuyas llamas azotarán y abrirán los abismos, los valles inundados, cuyas averturas mostrarán en su abrigo las altas plantas encorvadas... Los vientos sacudiendo las plantas arrancadas que flotan en la enorme corriente.

El horizonte, como toda la atmósfera, estará iluminado por el fuego incesante del rayo. Se verá a los hombres y las aves cubrir las ramas de los grandes árboles, no cubiertas aun por la crecida de las aguas, otros sobre las colinas, sobre los riscos.

Se verá la atmósfera, oscura y nebulosa, combatir con las corrientes de vientos contrarios y desordenados, con la lluvia continua y mezclada de granizo, y cargada de una infinidad de ramas arrancadas con todas sus hojas. Alrededor se verá los árboles más antiguos y corpulentos, rotos por el furor del viento, la ruina de los montes, ya rotos por las corrientes de sus ríos, hundirse en estos mismos ríos y obstruir los valles, y los ríos desbordados inundando y sumergiendo la tierras y sus habitantes.

Todavía podremos ver en la cima de las más grandes montañas los animales de especie más variada, reunidos por el miedo y reducidos al contacto familiar, en compañía de hombres que huyen con sus mujeres y sus niños.

El campo sumergido muestra sus ondas cubiertas de tablas, de barcas y otros objetos acomodados por la necesidad en el miedo y en la muerte. Sobre estos objetos, mujeres y hombres, con sus niños, gritan y se lamentan espantados por el furor del viento que, impetuoso, vuelve el agua sin superficie ni fondo, con los cadáveres revueltos.

Algo más ligero, que flota en el agua está cubierto de diversos animales. Estos, temblando, se unen en un grupo apretado, los lobos, zorros, fieras, serpientes de todas clases que huyen de la muerte. Y las aguas, impetuosas, les atacan con el choque de sus muertos.

Se verán grupos de hombres que defienden a mano armada un pequeño espacio contra los leones, los lobos y otros hombres que les disputan su abrigo.

Se verá un castaño gigantesco cargado de hombres, transportado en el aire por la impetuosidad del viento.

Las embarcaciones serán volcadas, unas enteramente, otras en pedazos sobre los mismos que se esfuerzan por salvarse en ellas, con actitudes y movimientos dolorosos, sintiendo la muerte que les amenaza. Otros, desesperados, se suicidan, no pudiendo soportar la angustiosa agonía; unos se lanzan desde las rocas, otros, estrangulando sus propios cuerpos con sus manos; otros tomando sus propios hijos se lanzan al abismo, otros, con sus armas, y otros, cayendo de rodillas, se encomiendan a Dios.

Se verá una madre que, teniendo su hijo ahogado sobre sus rodillas, levanta sus brazos abiertos hacia el cielo, y con voz sorda maldice la cólera Divina.

Se verán rebaños de animales, caballos, bueyes, cabras, rodeados de agua y aislados en lo alto de una colina; recular, apretarse los unos contra los otros, y a medida que las aguas se elevan, algunos treparán sobre los otros, formando entre todos una gran confusión.

Los pajarillos se posan sobre los hombres y otros animales, por no encontrar ya tierra descubierta; el hambre comienza a ayudar a la muerte cuando ya los cuerpos muer-

tos, levantados del fondo del agua, surgen en la superficie

Se verá el movimiento del aire como la nube de polvo levantada por un caballo al galope, y este movimiento es tan rápido a llenar el vacío, que él mismo se lanza sobre otras masas de aire que vienen. Quizá alguien me critique por haberme figurado el movimiento del viento, puesto que el viento no se ve en el aire. A lo que yo le respondo que no se trata realmente del viento, sino de las cosas que pone en movimiento.

Tinieblas, viento, tempestad marina, diluvio de agua, bosques iluminados por el rayo, temblores de tierra, hundimiento de montañas enteras, villas arrasadas.

Viento huracanado que transporta agua, ramas y hombres por el aire. Árboles arrancados, cargados de hombres.

Navíos reducidos a astillas.

Sobre los rebaños y hombres, granizo, rayos, viento vertiginoso.

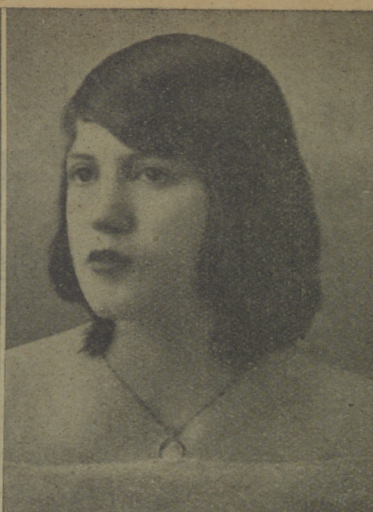
Gentes que trepan a los árboles y que no pueden sostenerse; árboles y rocas, colinas, revestidas de seres humanos.

Al pie de las montañas se abrirán grandes grietas al temblar la tierra, y en estas grietas se precipitarán restos de arbustos de la alta cima, y todo esto mezclado de hombres, de ramas, lodo y guijarros, formando una masa compacta.

Las ruinas de un monte caen en la profundidad de un valle, deteniendo el curso de las aguas, pero este obstáculo es pronto rebasado por el agua, que se lanza impetuosa a arruinar, a azotar los muros de la ciudad y las casas del valle.

Las ruinas de los edificios de la ciudad se lanzan contra el agua, que se levanta en forma de tromba, para mezclarse con las nubes desordenadas que luchan contra el agua.

Después, el agua, desbordada, va girando hacia el mar que la absorbe, azotándola y lanzando al aire una espuma viscosa, y las ondas circulares que huyen del lugar del choque, caminan con violencia, de través, sobre el movimiento de otras ondas circulares, que se mueven en sentido contrario, levantándose al choque pero sin desligarse nunca de su base.



El plazo de admisión de fotografías queda prorrogado hasta el 16 de Mayo



CONCURSO EMELKA

Excepcional certamen organizado en España por esta importante manufactura cinematográfica de Munich, para la elección de bellezas fotogénicas de ambos sexos, patrocinado por las revistas "EL CINE" "ARTE Y CINEMATOGRAFIA" y el diario "LAS NOTICIAS"

BASES

1. Para tomar parte en este Concurso precisa ser español, no menor de 16 años ni mayor de 25.
2. Es condición indispensable, para ser concursante, proveerse del BOLETIN DE INSCRIPCION, los cuales podrán obtenerse gratuitamente solicitándolos a cualquiera de las siguientes oficinas:

Representante de la EMELKA en España, don Ernesto González, Plaza Progreso, 2, pral., Madrid.

Concesionario en Barcelona, don Eduardo Flu, Rambla de Cataluña, 44, pral.

En la redacción de EL CINE, Séneca, 11, Barcelona; en la de "Arte y Cinematografía", Aragón, 235, Barcelona; en "Las Noticias", Rambla de Estudios, 6, Barcelona.

Y en los cinematógrafos más importantes de España.

3. Cada concursante deberá entregar en las citadas oficinas de Madrid o Barcelona o en las administraciones de dichos periódicos, el "Boletín de Inscripción" debidamente cumplimentado y dos fotografías de tamaño postal, como mínimo, una en traje de baño y otra de cabeza o busto.
4. Serán preferidos los concursantes que además de sus condiciones fotogénicas, posean vasta cultura y practiquen ejercicios deportivos.

5. Una Comisión integrada por expertos cinematografistas, artistas y periodistas seleccionará las fotografías sometiéndolas a un Jurado competente que al efecto se nombrará.
6. La expresada Comisión elegirá 50 fotogra-

fías, de las cuales el Jurado, a su vez, seleccionará 10.

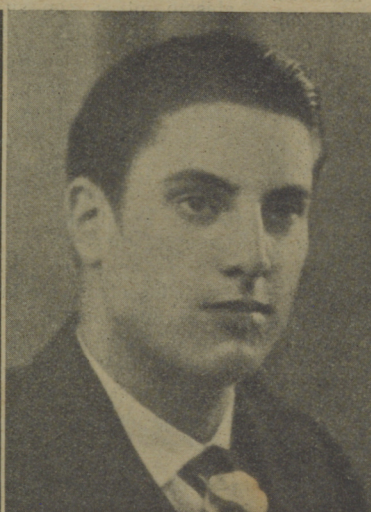
7. Durante el curso del Certamen los periódicos patrocinadores publicarán algunas de las fotografías que se reciban, sin mencionar los nombres de los concursantes.
8. Las fotografías de los 10 elegidos serán publicadas en lugar preferente de los periódicos patrocinadores, con el nombre y apellidos de los favorecidos.

9. Los 10 elegidos por el Jurado serán sometidos a un ensayo cinematográfico dirigido por uno de los Directores de la EMELKA, de Munich, que se trasladará a España a tal efecto.
10. De estos 10 elegidos la EMELKA contratará a todos los que considere con aptitudes favorables para figurar, por tiempo indefinido, en su elenco artístico.

11. La EMELKA abonará a los contratados los gastos de viaje y tratándose de señoritas, de una persona de edad que la acompañe.
12. Las fotografías de los no elegidos serán devueltas a sus interesados dentro los quince días siguientes al fallo, solicitándolos personalmente en las oficinas donde fueron enviadas, o por correo, remitiendo en este caso el valor del franqueo.

13. Este Concurso quedará cerrado a los SESENTA días de haberse publicado estas Bases.
14. El solo hecho de ser Concurante implica la aceptación íntegra de las presentes Bases.

Barcelona, 16 de febrero de 1928.



Ocho concursantes al Concurso de la "Emelka" de Barcelona, Burgos, Madrid y Valencia

AGUEDA ADORNA



La bellísima señorita que ha sido elegida MISS ESPAÑA para el "International Pageant of Pulcritude", de Galveston.

No ha podido ser más acertada la elección pues la "Miss España de 1928" es Carmen rediviva y lleva en sus ojos todo el fuego del sol andaluz, como sevillana de pura cepa que es.

CRONICAS VIVIDAS

La vida privada de los artistas de cine

BIEN es sabido que Hollywood es el centro cinematográfico del mundo, pero bien viene el afirmar que Nueva York es el lugar de las escapatorias pueriles de los realizadores de las películas, algo así como un campo de expansión, sitio donde gastan

cir, o, a veces, lo que es peor, recojan lo que se suele decir de la vida pasada de una, que debiera estar olvidado... Que si el divorcio originó cuando el baile tal o cual, donde se hallaba fulanita o menganito, y después hubieron amenazas, y...; bueno,

Aquí la insinué una pausa para explicarme:

—¿Qué dice de los resortes?

—No tiene otro significativo que, que ya no saben de qué sacar una información y apean a argumentos que no debieran...

Parecióme estar oyendo en las palabras de esta criatura la afirmación unánime de los actores en general...

Sí, allí van, a la primera ocasión que pillan; es más, tienen ya instalado su «small apartment» (pisito) en una de las calles insólitas neoyorquinas para ahorrarse la inconveniencia de ser también reconocidos en los hoteles y acosados con preguntas y entrevistas. Uno de estos protagonistas era Eugene O'Brien; su cuarto dominaba el Parque Central desde una altura respetable en una de las edificaciones alineadas en Central Park West; soltero, gustaba de sus libros, perpendiculares en su repleta biblioteca, su pipa inglesa y sus paseitos, cabalgando su caballo favorito por la polvorienta pista que circunda el parque, entre la arboleda, sobre los arroyuelos y bajo los puentecitos para peatones...

Mañana de sol tropical, de estío; su cabellera ondulada, desprovista de ornamentación encubridora, el cuello de su camisa blanca desabotonado, sus «breeches», sus botas altas; iba gallardo y despectivo, semirrisueño — no creo que ajuste aquí el prefijo «seudo» — con su alargada faz oblicua y el corte de su boca, alto, en no se cual de los lados.

Allí iba trotando su caballo, que guardaba en una caballeriza entre el parque y Broadway, y donde también se alquilaban jamelgos, cuando nos vimos.

—¿Rumbo? — impuse.

—Circundando — le oí bisbisar—, ¿y a dónde marcha su apuesta figura, el caballero andante?

—Bromas no, Eugenio; que este rocinante me cuesta tres dólares por la hora de sacudimiento interno que me proporciona; además, no te creas que hay tanta diferencia entre éste y el tuyo. ¡He escogido el mejor que tenían dispuesto!

—¡Ya, ya...!

Cuando dábamos la vuelta por la térrea senda, la planicie del parque efervescía cálidamente; los autos rodaban zumbando por el asfalto viscoso de las veredas, exclusivamente para ellos y sin aceras, entre los prados tupidos de hierba; en el lago flotaban como papeles los pequeños botes de fondo plano.

—¿Vamos esta noche a ver el nuevo «cabaret», que se ha inaugurado en Columbus Circle?

—¿Ah, el «China Inn»? Hombre, he oído decir que es muy original, algo así como un «fine combination».

Aquel atardecer, a la hora predicha ya estaba yo en busca del irlandés. El estaba acicalado. Partimos hacia el «cabaret», muy cerca de allí; doblamos la esquina, cruzamos al otro lado de Broadway y nos hallamos frente a su letrero luminoso. Enclavado en un sótano. Descendimos para encontrarnos en una cueva; entiéndase: no era una caverna, pero estaba construido a su semejanza... Estalactitas pendientes del techo grisceo y verdín, pétreo; setas en postura de mesas; al fondo, con una decoración cabal, podíamos divisar, por entre las apertu-



Vera Reynolds contempla serena su belleza y nosotros también la contemplamos, aunque no tan serenos

el dinero que ganan, libremente; lugar poco vedado y menos presto a criticismos que el recinto, más reducido, de Hollywood y sus alrededores. Una cosa que hacen en Hollywood es prontamente divulgada por el mundo, por arte y magia del sinnúmero de reporteros, allí colocados exclusivamente para recrear a los cineastas mundiales con los pormenores de la vida íntima, cuanto más íntima mejor, de los intérpretes de la pantalla.

Y los actores odian ésto; ¡cómo lo odian! Aparte de lo que como propaganda para su popularidad pudiera significar.

—Está bien — me decía cierta estrella—, que digan que una es bella y camina con gracia y gusta de tal o cual deporte o pasa-

tiempo, pero eso de que la hagan a una de que son interioridades que debían respetar. A veces está una pensando continuamente en los rigores de esta publicidad sin límites, para la que no valen las protestas. El pensamiento latente de cada uno de estos parásitos que merodean nuestras avenidas es el de encontrar algo que referir más interesante, emocionante, ocurrente, chistoso, que nadie; en todo creen ver algo de aliciente informativo, ¡y ya están tan gastados los resortes!

LA MUJER VENDIDA

POR DOLORE COSTELLO



ras de las rocas, la superficie del mar; ¡quién diría que un «jazz-band» colocado en una gruta de un rincón sabía reproducir el bramido de las olas! Sólomente nos faltaba el olor salino de estos escondrijos; el efecto estaba bien logrado en su totalidad.

Ocupamos un hongo o una estalagmita, en la proximidad de unas sirenas espumosamente aliñadas «ad libitum», que no pertenecían al antro, pero parecían haber venido de antemano preparadas para el ambiente del refugio. Allí todo era de un ambiente o semblante marino.

Eugenio; ya que estábamos sentados, como dos focas; olfateando el local, me dice entredientes, como él sabe hacerlo:

—¡Qué te parece!; si llevo a saberlo me pongo unos pijamas que tengo en casa de color de las costas de Bretaña.

—Oye, y así hubieses matado dos pájaros; digo, dos gaviotas, porque el verde es la divisa de Irlanda.

—Al menos, debíamos haber venido en bañador — creo que una chica cercana le oyó esto, porque volvió el rostro.

—Sí, y nos hubieran zambullido en la je fatura de policía.

—Fuera de bromas...; aquí hay que remojar algo... interno.

—¿Oigo...?

—Digo que sería conveniente que nos sirviesen un poco de la espuma de las olas que bátense ahí abajo, alias champaña.

—¿Quién ha visto de cerca los chinos? ¿quién ha observado sus modalidades?... Sí, son astutos y discretos — auguré — visualizando uno de ellos, revestido de camarero, cerca a nosotros, con sus ojitos diminutos y tajados en su rostro contemplativo de lugar abstracto. ¡Más lo ven todo! Parecía que ya nos habíamos entendido. Aproximóse.

—Sí, un refrigerio cualquiera. A tu gusto; bueno, mira, ¿qué hay en la lista?

—Langostas, calamares..., ostras, besugo, pescadilla y pulpo.

—¡Atiza! Oye no me asustes — se tranquilizó, al ver mi gesto de cinismo—. No nos vayamos a volver enteramente anfibios. ¡A ver si salimos de aquí hechos unos osos



Una escena de El cielo en la tierra



Estamos por creer en el Triunfo de Kelly

marinos! Tú si que estás hecho un pulpo.

—Yo estoy escamado. Mira ésta de aquí, que parece que tiene inanición. Vaya un naufrago; ¡cómo come!

Ordenamos unos emparedados y otras chucherías..., y, una botellita de «ginger ale» (refresco gaseoso) sorprendente, pues contenía uno de los más refinados whiskies que he probado en largo tiempo.

—¡Y esto en el centro de Broadway! — conjeturé paladeándolo.

—¿Quién veo entrar por esa puerta? — inquiríome el actor—. ¡Veo ya visiones!

Volviéndome en mi asiento, contemplé, absorto, la hermosa «pose» de Constance Talmadge.

—¡Ay, mi madre! — o palabras al efecto, arguyó mi amigo—. ¿Cuándo ha llegado ésta?

—Ni me lo preguntes. ¡Y el acompañante, quién es?

—Es el hebreo Bert Lytell.

—¡Ajá! No le había conocido.

La velada había cambiado de aspecto. La Talmadge, al divisarnos, o mejor dicho, al divisar a O'Brien, no quiso entrar. Acabáronse nuestros felices comentarios; ni bailamos con las chicas de vestidos volátiles de gasas blancas. Al chino, que tal vez lo había comprendido todo, lo creí mirarme compasivamente como diciendo: —¡Se les ha aguado la fiesta!

Una vez fuera de la caverna insidiosa, después de terminada nuestra colación o refacción, ingerido todo el contenido de la mediana botella de whisky, nos hallábamos sentados en un banco del Parque Central, inmediato.

—No se puede creer en estas mujeres; son todas iguales. Yo que, tú lo sabes, ando retraído, sin acompañar alguna chica, aunque fuese a misa...

—¡No era para tanto la cosa! ¡Jesús, que temperamento!

—Vámonos arriba — y subimos en el ascensor a su pisito. Allí pusimos un disco en el gramófono. ¡Era el eterno disco del desdén amoroso!

CANDIDO ROZAS ESPINEIRA.

Madrid, abril de 1928.

(Prohibida la reproducción.)



El amor hace milagros y lo creemos. ¿Cómo no?



La mujer adora los diamantes, pero a nosotros nos interesa más la protagonista

La vida de Clara Bow, contada por ella misma

Un humano documento emocionante; la historia de una trágica niña que llega a ser, andando el tiempo, el espíritu mismo de la alegría

(Continuación)

El aspecto de mi madre me infundió tal miedo, que corrí en busca de un vecino. Se llamó a un doctor, pero era ya tarde; había muerto, repentinamente, mientras se hallaba meciéndome en la hamaca.

Hasta entonces yo no sabía lo que era la

pañaba a la escuela, y por el camino le defendía de los muchachos que querían meterse con él. Y, no hay que ponerlo en duda, cuando el momento llegaba yo lo hacía tan bien como hubiera podido hacerlo un muchacho de mi edad; mis músculos habían sido fortalecidos por el ejercicio del bate en nuestras partidas de «base-ball».

sa. ¡Cómo lloré! Durante semanas enteras me parecía oír junto a mí los quejidos de Johnny: «¡Clara, Clara!»

¿No era esa una dura experiencia para una criatura de mi edad, de apenas nueve años?

Cuanto más crecía más me aficionaba al trato de los muchachos, por encontrar tonto el de las chicas. Estas me lastimaban siempre el amor propio. Vestía, pues, ropa de muchacho y me peinaba el cabello hacia atrás, y tan fuerte era mi natural que competía con los más traviesos en sus correrías, llegando algunas veces a aventajarlos. Ellos, por su parte, me trataban como a uno de su sexo. Recuerdo que algunas noches nos divertíamos haciendo fogatas y en contemplar el juego de las llamas sentados en su alrededor. Hablaban delante de mí de lo que más en gana les viniera sin, al parecer, preocuparse de mi presencia, y en ocasiones se hablaba de chicas. Fué allí donde aprendí cómo piensa el hombre de la mujer. Supe qué tipos eran los que les gustaban y a cual preferirían besar. ¡No estaba yo poco orgullosa de que me tomaran por un muchacho.

Y yo hacía los imposibles porque no se me tomara por lo contrario. Llegué a encaramarme en los coches y en los carros con igual o mayor facilidad que ellos y una vez obtuve pruebas de su admiración en ocasión de trepar en la parte trasera de un carro de bomberos que iba a considerable velocidad.

La salud de mi madre iba de mal en peor. A menudo, ahora sufría ataques de nervios o desmayos, de los que tardaba en rehacerse. Al sentir sus síntomas, recuerdo que miraba de un modo patético; sus ojos perdían entonces su brillo y la respiración se le hacía por instantes más difícil, de tal modo, que hubiérase dicho que manos invisibles la ahogaban. Por lo general, casi siempre me hallaba sola con ella. ¡Imagínese mi desesperación en aquellos trances! Yo corría a su lado y pretendía socorrerla acariciándole el cuello y suplicándole: «¡Mamá, mamá, por favor no hagas eso!» ¡Es horrible ver sufrir a los que queremos!

Como éramos tan pobres no podíamos permitirnos acudir en busca de especialistas. El médico que la visitaba nos dijo que su enfermedad era de los nervios.

Mi padre me dijo que mamá le había referido que cuando era una niña había caído de la cama, dando con la cabeza en el suelo, y cuando yo contaba apenas cuatro años, había vuelto a caerse en la escalera, produciendo una gran herida. Sin duda, alguno de los grandes especialistas de hoy diría que aquellas caídas no eran ajenas al estado de mi madre. Tal vez mi madre pudo haber sido curada, pero nosotros ignorábamos lo que debíamos hacer.

Como se comprenderá, en aquellas ocasiones en que mi madre era víctima de síncope y de ataques de nervios, era yo quien tenía a su cargo los quehaceres de la casa, incluso el lavado y la cocina. Por su parte, mi padre parecía reñido con la suerte, pues todo le salía muy mal. Trabajaba como car-



Clara Bow distrae sus ocios en el jardín de su casa con el recioso titi que le regaló uno de sus novios.

muerte; aquél fué mi primer encuentro con ella.

Recuerdo que aquella noche no pude dormir y que me levanté de mi cama para ir a tenderme a los pies del cadáver, en la firme convicción de que mi abuelo se sentiría así menos sólo. Mi padre me halló allí a la mañana siguiente. El verle, con el dedo en los labios le dije: —Ten cuidado, porque podrías despertar a mi abuelito; está durmiendo, no le despiertes, por favor! —Pero, bien sabía yo ya que no había de despertar. ¡Cuánto le hube de echar de menos!

Aquél fué un rudo golpe para mi madre. ¡Se querían y se comprendían tanto! El era el único que podía hacerla reír y hablar con naturalidad. Su tristeza, a la muerte de mi abuelo, se hizo más intensa. Quería morir también, pero nunca mencionó el suicidio; su valor era demasiado elevado para eso.

Mi vida escolar de aquellos días no dejó gran impresión en mí, pues no me es posible acordarme de mis maestros ni de ninguno de mis condiscípulos. Sí recuerdo perfectamente a un pequeño, Juanito, que vivía en la misma casa que yo. Era mucho más joven, y todas las mañanas le acom-

mi brazo derecho era famoso entre los chiquillos del barrio.

Una tarde, después de la escuela, me hallaba en casa cuando de pronto oí un extraño ruido en el piso superior. Temiendo un accidente corrí allá y encontré a Juanito quejándose lastimosamente. Se había aproximado al fuego y sus ropas se habían prendido en él. Su madre se hallaba allí, en pie, ante el chiquillo, sin valor para tocarlo, para hacer nada, tal era su desesperación. Apenas me vió el niño se echó en mis brazos como si en ellos sólo estuviese su salvación: «¡Clara, Clara!»

Le tendí en el suelo y lo arrollé en una manta e hice lo que pude por desprenderle de las llamas. El pobre chiquillo se retorció y lamentaba lastimosamente, como un perrito mal herido. Grité a su madre que fuera en busca de un médico, y entretanto le esperaba procuré calmar al niño con caricias y palabras alentadoras. Por fin llegó el doctor, pero nada pudo hacer por el infeliz muchacho, que pocas horas después moría en mis brazos. Sus últimas palabras fueron para mí.

Cuando se me hubo convencido de que el niño había dejado de existir, volví a mi ca-

pintero o como electricista o aceptaba lo que primero se le presentaba. El pobrecito quería ayudarnos, quería trabajar, pero la suerte le era adversa.

Cuando empecé mi segunda enseñanza, era por mi aspecto todavía un muchacho. Vestía «sweaters» y viejas faldas de mi madre que yo misma me arreglara. Mi vanidad de mujer no había despertado en mí; poco me importaba ir como iba, con tal de poder jugar con los chicos.

Tenía yo unos quince años cuando mamá pareció mejorar notablemente. Así fué que empecé a fijarse y a tomarse interés por mí, en mis estudios, en mi charla, en mis modales y en la manera como vestía. Me peinaba del modo que ella consideraba más adecuado a mis facciones; me hizo un bonito vestido, de tal modo cortado, que dejaba ver que no era yo, como hasta entonces se había creído, un mozalbete. Lo comprobó el hecho de que cambiase inmediatamente la actitud de los muchachos con respecto a mí. ¡Cómo me descorazonó aquello! no podía comprenderlo, y no podía soportar que me trataran con los miramientos debidos a una muchacha. Un muchacho, que hasta entonces había sido mi compañero más fiel, el que me defendía y el que compartía conmigo sus frutas o sus centavos cuando los tenía, se atrevió a pedirme un beso dos días después de verme tan atildada y vestida, según los cánones del femenino vestir.

No vayan ustedes a imaginarse que su solicitud me enojara, no, pero sí recuerdo que aquella caricia me disgustó, pues me dió a comprender que mi vida de golfillo había terminado. ¡Había sido tan feliz en ella!

¡Todo había terminado! Ya no me sería permitido asociarme a ellos en sus correrías, en sus travesuras!

Pero yo no estaba preparada para cambio tan radical. Los muchachos, mis antiguos amigos, me abandonaban, y las chicas seguían aún burlándose de mí. Me ví sola. El estudio no me interesó nunca, pero, siendo de natural lista, no me era difícil hallarme siempre en clase a la altura de las del montón.

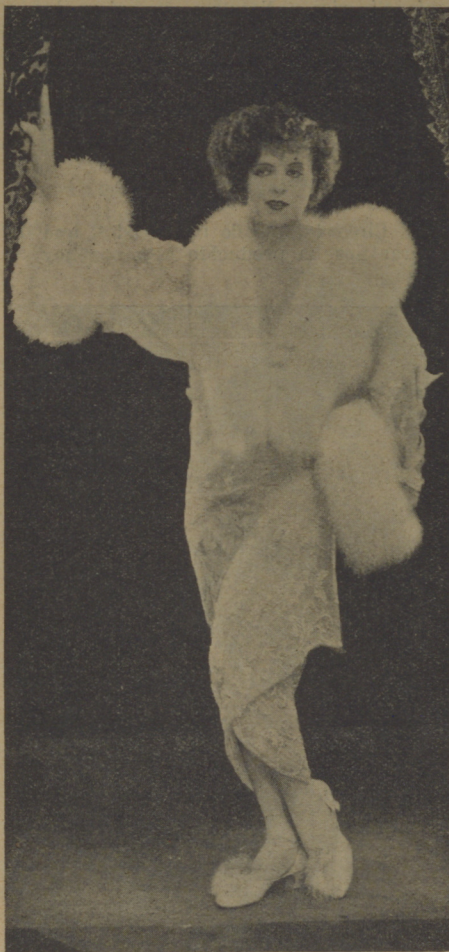
Pero no sé porqué nunca simpatizaron conmigo mis profesores y ahora, cuando miro hacia aquellos días, comprendo que dada mi actual afición al estudio y a la lectura, no fué del todo mía la culpa el que no ocupara los primeros puestos. Si se me hubiera enseñado a ver lo que hoy he visto por mí misma, yo hubiera tenido en aquel entonces tan buenas notas como la que más y mi conducta mejor.

En mi soledad, no contando con otra protección que la de mi padre, que siempre se hallaba fuera en sus quehaceres, contaba yo con un refugio, un lugar en que poder olvidar siquiera momentáneamente mi miseria y la tristeza de mi hogar y las humillaciones de la escuela. Ese refugio lo hallaba yo en el cinematógrafo, a quien nunca podré pagar bastante bien el mucho favor que aquellos días me hizo.

Yo hacía mis pobres economías con los centavos que de tarde en tarde mi padre me daba, para poder ir al cine. Allí me fué revelada la belleza. Allí conocí lejanos países, hogares dichosos y confortables. Allí conocí el lujo y los modales exquisitos y el romance y la nobleza y el bien vivir.

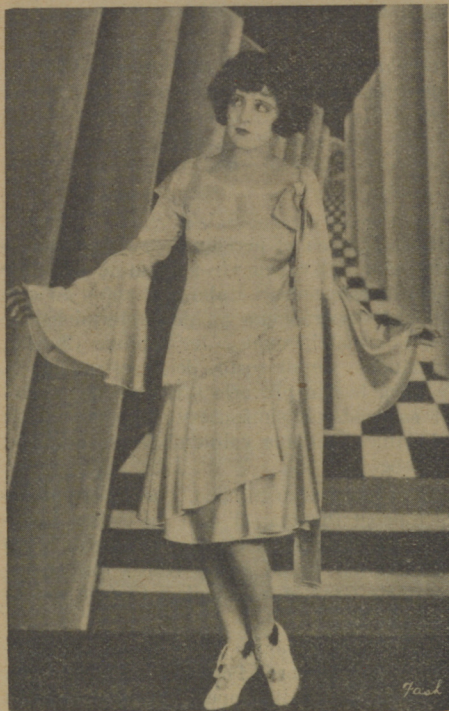
Me enamoré del cine, que tales placeres proporcionaba a mi espíritu. No precisamente de esta o de aquella «estrella», pero sí de todo cuanto halagaba mi imaginación y mis propios sentimientos.

Wally Reid fué, pues, mi primer novio aun cuando no le ví jamás sino en la pantalla. Yo admiraba a Mary Pickford. ¡Oh, qué amable y gentil era ella!



¿A quién no le gusta el salto de cama de Clara Bow?

—¡Ah, tal vez había en el mundo gente así, de sentimientos delicados!
Una gran ambición nació en mí. Una am-



No tengas miedo Clarita, que nosotros no queremos mal a las chicas

bición de la que yo a nadie hablaba por miedo a que se rieran de mí. Y es que, al mismo tiempo, yo consideraba ridícula esa pasión que cada vez iba tomando mayores impulsos. ¿Cómo no ser ridícula, si era yo tan poco agradecida?

Pero quiero decir algo aquí, y ello es que si yo he llegado en mi carrera a la altura a que he llegado, ha sido debido, me atrevería a apostar, a la pureza del motivo que creó en mí mis ensueños. Pues en verdad, en esos mis ensueños, no entraba para nada la fama ni tampoco el dinero. Yo sólo pensaba en cuan bello era todo ello y la felicidad que aportaría el poder hacer por la gente lo que el cine hacía.

Un día, en un periódico, ví el anuncio de un certamen. No se trataba de un certamen de belleza, pues de haberlo sido yo no me hubiera atrevido a tomar parte en él. El periódico decía que la habilidad para actuar, la personalidad y la belleza serían juzgadas por igual.

Fuí a mi padre y le hablé entonces de mi ambición y él no se enfadó conmigo, al contrario, estuvo muy amable y comprendió. El pobre, a pesar de sus miserias, era siempre amable conmigo. Me dió un dólar, lo que debió ser para él un gran sacrificio. Con esa moneda fuí a casa de un fotógrafo. Las fotografías fueron horribles, pero a pesar de todo y sin decir nada a mi madre, las remité a los señores del certamen y me puse a rezar y esperar.

—¡Extraña y maravillosa cosa es la esperanza!

(Continuará.)

CONCURSO ORIGINAL

El nuevo cine de la calle Rosellón se llamará "RIALTO"

La premura de tiempo nos impide relatar detalladamente el escrutinio esta semana, que haremos la próxima, pero a fin de que nuestros lectores tengan una información adelantada detallamos los vencedores.

Pase perpétuo

Carmen Pich

Muntaner, 41, pral., 2.ª

Pase para un año

Francisco Sentís Puig

Calle Coroleu, 21

Pase para seis meses

R. de la Huerta

Cortes, 449, 1.ª, 2.ª

Es para nosotros altamente halagador que la vencedora haya sido una lectora de EL CINE por lo que la felicitamos, al mismo tiempo que nos congratulamos de nuestra suerte.

La vuelta de Charlie

TAL vez yo no pueda, no sepa juzgar a Charlot por ser tan idólatrico admirador suyo y de su arte, para mí incontrastable, pero es el caso que, en contra de la opinión de algunos señores de esos que se llaman críticos, su última obra «El Circo», me ha parecido sencillamente excelente digna compañera de aquel tan humano poema fotogénico que se titula «La quimera del oro», el «film» de más hondo patetismo, de más intensa emoción, de realismo más crudo, que en la existencia del Cine ha sido.

Si acaso, si acaso unos centímetros «El Circo» más por debajo de la talla de «La quimera del oro», no muchos, sin embargo.

¡Charlot...! ¡Con qué inquietud, con cuánta ansiedad esperábamos su regreso, su vuelta a nosotros, los que le adoramos como a un dios, los que le admiramos como un genio.

Porqué Charlot es un genio—y lo digo francamente, sin esa irónica reticencia con que el maestro de periodistas don Antonio Zozaya le aplica el tal calificativo a Charlie—de la Cinematografía. A él le debe el séptimo arte su dinamismo, su desligamiento total del teatro, al que cuando Charlot llegó el Cine se hallaba fuertemente aferrado. La aparición de su estrafalaria figura de vagamundo «dandy» en el lienzo, por vez primera, marca la más gloriosa efeméride del Cinema: el principio de la evolución—mejor aun: de la revolución—del séptimo arte; el principio de su regeneración. El Cinematógrafo que naciera muerto, cobró alma y vida con la feliz intervención de Charlot y desde entonces cualquier movimiento evolutivo que desarrolle el Cine proviene indefectiblemente del incommensurable Charlie Chaplin.

Charlot irrumpió en el «film» asistido de un amplio espíritu revolucionario. Y empezó rompiendo todos los viejos moldes, deshechando todos los sistemas aceptados (¡ya!) como clásicos, dando al traste con la ficción istriónica de las rancias escuelas cinematográficas italiana y francesa, creando por sí solo una estética nueva aceptada más tarde por el orbe entero. Charlot es el verdadero descubridor del Séptimo Arte. Antes de que su bombín y su bigotillo célebres se reprodujeran en la pantalla el Cine no tenía de arte ni un adarme: todo en él era un mal remedo, un torpe «pastiche» del Teatro tan torpe que ni digno de tomarse en cuenta era. Pero una vez aparecido el rey de la risa—como se llamó a Charlot en un tiempo—la reacción sobrevino, lenta, pero continuamente. Sus bufonadas de la keystone—¡con qué ilusión, con cuánto placer los volveríamos a ver ahora!—hicieron más, mucho más, en pro del Cinema considerado como arte que todos los dramas de las languidescentes Bertinis, Menichellis y Borellis.

Ahora el rey de la risa es el dios de la pantalla. Su nombre—Charlot—implica tanto como Cinema. Y si Cinema es hoy un culto fetichista que todo el mundo profesa y Charlie Chaplin es su equivalente ¿por qué no considerarlo a él como el Zeus del nuevo culto, del nuevo Arte?

«Ya no es Charlot Mr. Chaplin—escribe Giménez Caballero—. Es Mr. Mito. Se le han ido congregando en su fama cristalizaciones tan valederas y universales, postulados tan difíciles, que Charlot constituye hoy un «Ideal Sintético a priori.» Eso: un Mito. Una fabulosidad.

Vamos a él con sortilegio. Despojados de ironía. Sin risa. (¡Nosotros que reímos luego con él como con nadie!) Con una actitud acrítica. Con un convencimiento heroico. Con afirmación. Con culto.»

Es verdad: vamos a él con culto. Sectarios de Charlot.

¡«El Circo»! ¡Qué de inquietudes, qué de zozobras nos ha producido esta por hoy su



Celebramos la belleza de Dorothy Dwan, pero la verdad ¡ese vestido la aleja tanto de la realidad, que sólo permite besarle los pies!

última obra en el período de su gestación—¡dos años, tal vez más!—a causa de sus múltiples interrupciones! Hubo momentos en que todos desesperábamos ya de su terminación. Los llos matrimoniales del sublime Charlie, colmándole de disgusto, de desesperación y de asco, hacían preverlo así. Pero no: Charlot superpuso a su fracaso matrimonial su arte único con una voluntad férrea que sólo él posee.

El se debe a su público, que es el público de todo el Planeta, el cual ya espera impaciente la promesa hecha de su «Circo» y no cumplida en virtud de las trabas que su esposa Lita Grey le interponía a Charlie con su divorcio.

Lita Grey: ¡cuántas bocas no habrán maldecido este nombre! Pero ella no merecía en realidad tales maldiciones. Cuando casó con Charlie, Lita no alcanzó a ver, por sus pocos años, la magnitud del disparate que con-

sumaba. Tampoco a Charlot le era dado apreciar este extremo: Lita creyó que Charlie sería en todo instante el rendido amante de los primeros momentos de su amor sin caer en la cuenta de que Charlie Chaplin albergaba en su pecho otra pasión mucho más intensa de la que por ella pudiera sentir: su Arte; pasión esta que nadie podrá aminorar y mucho menos sustituir.

De todos es conocida la forma de producir sus «films» que tiene Charlot. Cuando Charlot trabaja en la construcción de una de sus obras, su abstracción es tal, que solo vive para ella, reconcentrándose en ella y descuidando todo aquello que no tenga un nexo común con ella. Y así olvida sus deberes de esposo y de padre—olvido justificadísimo que nadie sino unos cuantos moralizadores anticuados y otras tantas damas de Estropajosa, que en todas partes las hay, se atreven a criticar—cuando el imperativo categórico de su gran pasión llama a las puertas de su espíritu. Y es esto lo que Lita Grey con la irreflexión propia de su extremada juventud, de su maternidad temprana, no podía consentir. ¿Celos? Sí, celos. Lita estaba celosa del Arte de su marido. Por lo tanto, no maldigamos a Lita ya que fué una fuerza superior a ella—celos—la que le obligó a motivar el retraso de la vuelta a la pantalla de Charlot.

Pero volvamos a «El Circo».

¿Cómo se han atrevido algunas personas a asegurar que Charlot tornaba a recurrir a sus antiguos trucos y hábitos de su primera época? Nada tan falso como ésto.

Charlot deviene íntegro, tal y como lo dejamos en «La quimera del oro.» Su arte no ha sido mermado ni un ápice siquiera. ¿En qué se fundan, pues esas personas al hacer tal afirmación? ¿Acaso en algunas escenas del primer tiempo de la película, cuando Charlot es conquistado por el circo? Y bien: ¿esos señores críticos son tan obtusos que no aciertan a ver que aquellas escenas, aquellas demostraciones, son producto del medio en que se desarrollan? Aún me harán creer que, a pesar de llevar algunos de ellos muchos años ejerciendo el cargo de críticos cinematográficos, como Guaitel, de «Cine Mundial», por ejemplo, no entienden ni una palabra de cinematografía y mucho menos de arte cinematográfico.

Charlot, el magno poeta de la pantalla—¿Quién leyó un poema tan patético que pueda superar en belleza a la «cena «quimérica» de Charlot?»—pregunta Benjamín Jarnés—nos brinda con su «Circo» otra página maestra de su numen privilegiado, otro poema bellísimo como suyo, cuyo canto postrero nos deja una rota impresión de fatalidad y de melancolía muy humana...

Charlot, enamorado de Lita, la gentilísima «ecuyère» sacrifica su pasión para hacerla feliz a ella uniéndola con otro hombre al que ella ama, mientras él queda sólo, inmensamente triste dentro del círculo que la pista marcó hondamente en el suelo, estrujando, como un símbolo, la negra estrella—¿su estrella?—de un aro circense. Y hay en su renunciación voluntaria, en su gesto heroico, un hálito tal de poesía que sólo en las películas de Chaplin puede encontrarse. «Sin palabras—¡hallazgo divino!—(vuelvo a recurrir a Jarnés) ha encontrado el cinema un idioma emocional del más puro lirismo.»

Y Charlot es el Supremo Poeta.

L. LINARES LORCA

... Y va de cuento

CARMENCITA era una criatura romántica, soñadora, alegre como unas castañuelas, a pesar de su romanticismo, juguetona y vivaracha en los momentos en que la fantasía no le volaba por las plácidas regiones del ensueño. Mas, cuando la imaginación partiendo rauda hacia los dominios de la fantasía, la elevaba al éxtasis, entonces, trocando su alegría en dulce placidez, su jovialidad en pacífica quimera, poníase seria, muy seria y abstrayéndose del mundo material, llevaba al amplio escenario de su mente la obra de sus ensueños, genuina afirmación de todas sus ilusiones.

¡Y qué guapa era Carmencita! Catorce años tenía en el momento en que comienzo mi narración y era ya capullito fragante, clavellina próxima a la sazón, botón de rosa que más tarde habría de asombrarnos con su lozana belleza.

Que en sus ilusiones se hallaba el príncipe encantado de los cuentos de hadas, ni que decir tiene, más poco a poco, en vez de un príncipe poderoso de regia estirpe, fué adueñándose de su voluntad un galán de bello continente y envidiados ojos, que fulguraba irresistible en la tamaña constelación del arte mudo.

Carmencita se «pirraba» por el Cine, por las cosas del Cine. Carmencita tenía puesta la imaginación y los sentidos en aquel lugar remoto, corte de la cinematografía, y su única ilusión, sus mayores deseos, eran ir a Hollywood, ver Hollywood y poder admirar de cerca la fastuosa belleza de sus estrellas admiradas, la elegancia proverbial de aquellos hombres que le traían sorbido el seso.

¡Más, como hacerlo! Por mucho que reflexionaba, por mucho que pensaba, deseando encontrar la fórmula, la idea deseada, la idea que había de darle la solución, no acudía a las regiones de su mente.

¡Qué rabia! ¡Si sus papás no se opusieran!... Porque ella estaba segura de poseer aptitudes suficientes para poder desempeñar airoosamente los principales papeles de cualquier trama, ¿cómo no? ¡Si en cuanto se levantaba por las mañanas ensayaba ante el espejo todos los gestos y acciones que tantas veces había visto a los nombres más afamados del séptimo arte!... Y a fé que los ejecutaba con exactitud, con verdadera maestría.

Colocábase ante la límpida luna de Venecia que reflejaba con toda verdad los contornos de su cuerpecito embrionario y expresaba con su anifiada carita, con finos ademanes de artista en ciernes, los momentos culminantes de la bondad, del terror, del odio y toda esa gama de pasiones que radican en el ser humano.

Su mamá, que un día sorprendióle ejecutando tan extraños hechos le dijo:

—Pero, por Dios, hija mía, tú no estas buena.

—¡Por qué mamá!... y con toda naturalidad afirmó—. Estoy ensayando.

—¿Para qué?

—Para artista de Cine.

—Calla criatura, calla...

—Pero si yo quiero serlo mamá; si yo quiero ir a Hollywood.

—Cuando yo digo que no estás buena. A quien se le ocurre...

—A mí, mamá.

—Calla, chiquilla, calla. Como que te crees tú que allí te van a querer.

—¡Y por qué no han de quererme! Yo lo hago muy bien, verás..., y dispuesta a demostrarle a su madre sus condiciones artísticas, comenzó a accionar frente al espejo, con el natural asombro de la autora de sus días.

Soledad Franco Rodríguez y Manuel Montenegro diciéndose cosas agradables en esta escena de *El orgullo de Alba ceta*



Transcurrió algún tiempo. El capullito habíase convertido en flor estupenda; el cuerpecito embrionario había dado paso a la pubertad y sus líneas, antes imprecisas, habían adquirido todo el vigor de la belleza. Ya no era la chiquilla feble y delicada de los catorce años. La vida cantaba en ella su himno triunfal, la primavera había vertido en sus ojos garzos el imponderable manantial de su riqueza.

Lo único que en ella no había cambiado, eran sus ilusiones. Hollywood continuaba siendo su obsesión, la Cinematografía su constante pesadilla.

Ahora ya no accionaba al levantarse frente al espejo, pero en cambio, pasábase horas enteras mirándose en él, cual si tratara de convencerse de que era bonita. Y lo era, sin duda alguna; era lo suficiente atractiva para ganarse la admiración de los hombres, suficientemente guapa y fotogénica para poder representar en la pantalla.

Pero la ocasión no se presentaba. Pasaban los días y los meses, siempre soñando, siempre en espera del momento oportuno que habría de abrirle las puertas a su ilusión y el momento oportuno no llegaba.

SOMBREROS PARA SEÑORA
M. RIEMBAU
13, Unión, 13

Esta es la casa, Señora, que le conviene a usted visitar, por el gran surtido de Sombreros que encontrará en todas las épocas del año.

Continuamente nuevos modelos que por su elegancia, buen gusto y economía, merecen los plácemes de toda la gente Chic.

Ella era paciente, sabía esperar; pero, ¡se pasaría la vida esperando!

Por fin, unos amigos le brindaron la ocasión de poner de manifiesto sus aptitudes artísticas. Habían formado una sociedad cinematográfica y sabiendo la afición de Carmencita le ofrecieron el papel principal de la obra a filmarse.

¡Con qué alegría acogió la chiquilla la noticia! Por fin, el momento oportuno había

llegado, por fin iba a satisfacer la mayor de sus ilusiones.

¡Hacer una película, figurar en ella como protagonista, que más podía pedir! Aceptó jubilosa, llenó el corazón de gozo, inundada el alma de una satisfacción sin límites. Ahora sí que iba a demostrar ante todos, sus aptitudes. Y a todos aquellos que tanto se habían reído de su afición, cuando en el pináculo de la fama se viera, les haría arrodillarse ante ella si querían que les hiciese la merced de una frase. Ella era buena, muy buena, pero para los que se le burlaron ya sabía cómo había de tratarlos.

Y se filmó la película; una película que quiso ser sentimental y no pudo lograrlo, un «film» sin emotividad alguna que pudo ser mediocre si no hubiese sido muy malo.

Pero Carmencita, ilusionada, esperaba con afán el día en que ella misma había de verse. La noche anterior había soñado que la película había merecido los aplausos del público, que, al darse cuenta de su presencia, la había aplaudido y aclamado. Y era tan feliz esperando la «prueba» que valiera más no haberla llegado a ver nunca.

Quizás así, las ilusiones hubiesen quedado anidadas en su alocada cabecita, pues, ¡es tan triste el morir de una ilusión! Y en Carmencita murieron todas, todas sus ilusiones artísticas al contemplarse en la pantalla, insulsa, trivial, sin emoción... Vióse bonita, es verdad; pero como ella no aspiraba a exhibir su belleza, como todo su anhelo había sido hacer arte, al verse tan falta de emotividad tan parada, tan indecisa en la actuación, las lágrimas se le asomaron a sus ojitos de cielo y con voz acongojada por la desilusión, dijo a su madre:

—Mamá, ya lo ves, no sirvo. Ya no quiero ir a Hollywood.

R. PUENTE.

DE AQUI Y DE ALLA



¡Cuántas alegrías infantiles evocan «Muñecos de trapo»!

LA AURORA DE DOS NUEVAS ESTRELLAS

Dos carreras sensacionales, están en su aurora en Hollywood, con probabilidades de rivalizar en brillo y romance con las aventuras de Greta Garbo y otras figuras de fama internacional en la pantalla. Una de estas futuras estrellas es una joven heredera de familia opulenta; y la otra, un muchacho que hace menos de un año era uno de los ujieres del teatro Capitol, de Nueva York. Hoy Anita Page y James Murray desempeñan papeles importantes en el drama mudo, habiendo sido seleccionados de la noche a la mañana de entre las filas de los «extras».

Murray atrajo considerable atención cuando desempeñaba sus deberes de ujier, dirigiendo a las multitudes en los teatros de Broadway.

Hízose generalmente simpático y se conquistó muchos amigos.

A decir verdad, su éxito en este puesto secundario inflamó sus ambiciones y, abandonando el teatro, emprendió el largo viaje a Hollywood.

Tuvo suerte.

Sin tropezar con grandes dificultades, obtuvo papeles menores que interpretó satisfactoriamente.

Los directores se fijaron en él, y King Vidor aventurándose a dejarse arrastrar de su intuición, lo eligió para el papel principal en «Y el mundo marcha...».

Murray se reveló a la altura de la situación, distinguiéndose en esta parte, y es hoy el actor favorito de muchos directores.

La vida de Anita Page ha sido diferente a la de Murray en todo sentido.

La joven es de origen español, nacida en Nueva York.

Su bisabuelo fué Ministro de Hacienda con el Rey de España, y casi todos los miembros de su familia han gozado de fortuna.

Ha viajado muchísimo, pero la excursión que hizo a Hollywood resultó la aventura de mayor significación en su vida.

Durante su estancia en California con su madre, Miss Page resolvió, por vía de dis-

tracción, representar en los estudios del cinema; y con gran sorpresa de sus parientes y amigos creó sensación inmediatamente.

Desempeñó al principio varios papeles secundarios, pero su gran oportunidad se le presentó cuando la eligieron para interpretar la parte principal femenina frente a William Haines, «estrella» en la película de los campos de polo, recientemente producida por la Metro-Goldwyn Mayer. Los directores de los estudios declaran que Anita Page es una artista innata, de cualidades excepcionales para el drama mudo.

El éxito de Miss Page nos recuerda la carrera de Sue Carroll.

Miss Carroll es conocida como «La pobre muchachita rica», porque viene también de una familia opulenta. Miss Carroll ha trabajado en el cinema poco más de un año, pero ha desempeñado papeles importantes en «Esclavas de la belleza», «Mullidos cojines», «Los Cohens y los Kellys en París», y muchas otras cintas.

Rememorando la buena suerte de este trío, es oportuno mencionar también la carrera de Dale Austen, que atravesó la 6,500 millas marítimas desde Nueva Zelanda a los Estados Unidos, para ingresar en el cinema.

Miss Austen es una notable belleza en Zelandia, que obtuvo el primer premio en un concurso de belleza, en su patria además de los premios de elocución y recitación dramática.

Los directores de los estudios opinan que se la considerará un descubrimiento en el 1928, y han puesto a su disposición, entre tanto, todas las facilidades posibles para dar expansión a su talento.

UNA NUEVA FIRMA QUE SE ESTABLECE EN EUROPA

La Tiffany-Stahl es la nueva firma norteamericana que ha venido a establecerse en Europa con aires de gran señora.

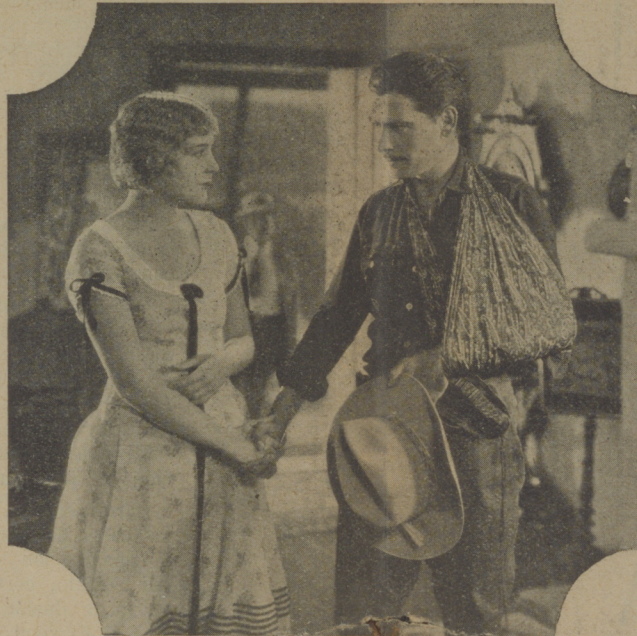
Todo el mundo sabe que antes de asociarse a la antigua Tiffany John Stahl, la Tiffany no era más que una de tantas firmas independientes de Hollywood, pero desde la unión de John Stahl, la Tiffany-Stahl se ha organizado en una de las más poderosas casas productoras hollywoodenses, y como para corresponder al rango que ostentaba necesitaba establecerse en Europa así lo ha hecho.

CUBA EN HOLLYWOOD

La Isla del azúcar tiene actualmente tres representantes en el mundo de la Farándula Silente, que prometen mucho.

Uno es Emilio Varona, de quien se habló mucho con motivo de su casamiento con la artista mejicana Ligia de Golconda, y los otros son René Cardona,

que desapareció de Cuba y apareció en Hollywood, y Neftali Rivero, que después de sus penas y fatigas para ser alguien, parece que va despuntando.



Ronald Colman llama a Vilma Banky su «Flor del desierto»

Aparte de éstos, hay un sinnúmero de cubanos que comen un día y ayunan dos, en medio del numeroso ejército de los «extras».

POLA NEGRI QUIERE EPATAR A SUS AMISTADES.

Pola Negri hará construir en el verano un castillo estilo normando, en la pintoresca y lujosa Beverley Hills. Tal es la noticia que circula en Hollywood, ahora, que



A pesar de que «La llama mágica» ha tocado sus corazones, Ronald Colman y Vilma Banky parecen disgustados

se sabe que la estrella piensa radicarse en California en definitiva.

El castillo será decorado en su fachada con las armas de la casa Midvagni, príncip de la cual es el marido de la «estrella» mencionada.

¡POBRE LUISE LORRAINE!

Art Acord, el vaquero de la Universal que a causa de una explosión de gas en su habitación de baño ha quedado inútil para toda su vida cinematográfica, es el marido de Louise Lorraine, la artista que tantas veces habéis admirado sus bien torneadas pantorrillas por haber exhibido como modelo de medias de seda y de zapatos, la cual después de dos años de matrimonio le parecía ya mucho tiempo de unión y se quería divorciar.

Pero vino la desgracia de Art y Louise ha creído poco humanitario abandonar a Art en tan terrible trance, y a pesar de que el romanticismo terminó ya, la placidez de la vida conyugal parece que ha seducido a Louise que ya no se divorcia de Art.

LAS NECESIDADES DE LA MUCHACHA MODERNA, SEGUN ELEANOR BOARDMAN

LAPEZ de carmín, cosméticos, medias de seda y pelo corto — dice la encantadora mujer de King Vidor — son, por encima de todo, las necesidades más grandes que tiene la muchacha moderna, se entiende la muchacha que trabaja, pues el sostenimiento de tales cuidados la relevan de otros de mayor coste.

Esta es la divisa de Eleanor Boardman, sobre la muchacha que ayuda con su trabajo al sostenimiento de la familia o que se gana la vida trabajando.

Diez años atrás — dice Eleanor — la muchacha que trabajaba, como si dijéramos la dependienta, la mecanógrafa, etc., etc., necesitaba dos trajes, uno para los días de trabajo y otro para los días de fiesta. Hoy necesita por lo menos cuatro y muchas medias de seda y muy buenos zapatos, amén de otras muchas necesidades.

MURMULLOS EN LOS ESTUDIOS BURBANK

CENTENARES de trabajadores a la entrada oeste abierta al público recientemente.—Colleen Moore se detiene en la oficina de John McCormick a gritar: «Sal a ver mi nuevo Rolls Royce».—Está gozando un millón en su nueva bicicleta.—El famoso mago Cardini con su esposa y nene visita a Milton Sills en «The Hawk's».—Sills compara con el mago apuntes sobre el tratamiento de los babies.—Setenta y cinco lindas girls de edad de escuela llegan



Vamos niña, que son las once, y te has olvidado de «Un idilio en el Metro»

¡MORIR, NO! ¡LA VIDA ES HERMOSA!

Las grandes manufacturas han cogido enorme pánico a los finales trágicos. Así vemos a la Paramount que volando ha fabricado un fin feliz en la película de Emil Jannings «The Street of Sin», a D. W. Griffith, ha llamado a los actores de «Sueños de amor» para salvar sus vidas.

En la versión anterior, actualmente proyectándose en Nueva York, no solamente los protagonistas Mary Philbin y don Alvaro mueren, sino también Lionel Barrymore y Tully Marshall se van también al otro barrio y Griffith quiere ahora salvar la vida de los dos enamorados. ¡No faltaba más, que se quieran toda la vida!

¡BUENO... BUENO... YA LO VEREMOS!

MARIA Prevost niega rotundamente que tenga la menor intención de casarse con Ward Crane, según los periódicos han dicho. La verdad, después de todo, es que sólo les han visto pasear juntos por las calles, pero eso lo hacen tantas que llega uno a dudar ya de todo.



Miss «Vecinos incompatibles» me han puesto el agua hirviendo



Harry Langdon está pensando: se me caen «Mis primeros pantalones»



PRESENTARA EN
BREVE LA SUPER-
PRODUCCION NA-
CIONAL, ALBA-
TROS, JULISAR

Adaptación y Dirección de

Benito Perojo

La CONDESA MARIA

CREACION DE

ROSARIO PINO

JOSE NIETO

y

VALENTIN

PARERA

Por tierras de Hollywood

(De nuestro corresponsal exclusivo)

El hermano de Valentiso, Alberto Guglielmo, después de haberse hecho arreglar la nariz, anda el pobre buscando trabajo de «estrella» que no encuentra ni por casualidad.

Alberto, no obstante encontrarse en la duda en optar entre el trabajo algo más fácil de un «extra» o el difícil de un «star», no deja por eso de hablar siempre de las múltiples ocasiones que en vida de su hermano Rodolfo había tenido.

—No tengo mucha ilusión — dice Alberto — por ocupar el lugar que en el mundo estelar tenía mi querido hermano, yo siempre estoy viendo a mi hermano junto al nicho y no podría jamás permitir que la fama fuera conmigo tan amiga como con el pobre Rudy.

Nos parece que Albertito exagera un poquito.

El lío más sensacional es, sin duda, el que ha promovido la señora Corabel Bernstein, esposa de Arthur Bernstein, representante de Jackie Coogan, pidiendo el divorcio de su marido y el correspondiente «alimony» y una indemnización de 750.000 dólares a la señora Lillian Coogan, madre de Jackie, por haber tenido con su esposo el señor Bernstein ciertas «intimidades» que dice le han quitado el amor de su marido.

El padre de Jackie y al mismo tiempo esposo injuriado, ha tomado por su cuenta la defensa de su amigo Bernstein y de su mujer, declarando que lo hecho por la señora Bernstein es una infamia, pues él tiene completa confianza en ambos y además los cree incapaces de cometer ninguna inmoralidad.

El juez está muy ocupado con este asunto, ya por la cuantía de la demanda como por lo enredado del mismo.

Resulta ahora que Charles Morton, actor de la Fox, está casado con Lola Medrano, una bailarina argentina, que por unas palabras cruzadas entre ambos le tiró a la cara de Morton un cazuela con agua caliente que le causó varias quemaduras en la cara. La cosa no llegó a mayores y Morton ya está curado.

Jaime Devesa ha trabajado en la última película que Adolfo Menjón hizo antes de emprender su viaje a Europa, y según los técnicos, queda muy bien en fotografía, lo cual ha satisfecho enormemente a los directores del estudio Paramount.

La familia de Ramón Novarro ha salido camino de Europa. Pasarán una temporada en



¡Caramba, caramba! ¿Es chico o chica? La graciosa, Helen Fairweather nos lo dirá.

Francia, a donde les irá a buscar Ramón y luego, juntos irán a Andalucía.

Ben Lyon ha regresado de su breve vacación en Nueva York.

Lila Lee es una consumada bailarina. An-

tes de trabajar en las películas, Lila danzaba en los escenarios estadounidenses y después de más de once años de posar ante la cámara fotográfica, nunca le habían dado un papel en que pudiera lucir sus facultades coreográficas. La ocasión la ha encontrado ahora en «A Bit of Heaven».

Uno de los vestidos que Corinne Griffith se ha hecho para una película que está ultimando, le ha costado 2.000 dólares. Es de Chantilly y seda adornado con cordón de oro.

Antonio Cumellas ha recibido el pasaporte de los estudios de la Fox Films. Se le acusa de elemento perturbador, pues a Cumellas le pareció muy fácil llegar aquí y alcanzar la cima sin tener el más leve tropiezo. Creo que uno de los motivos de devolución a España fueron los malos consejos que daba a María Casajana—desde luego aquí a cualquier cosa llaman malo y elemento perturbador—de no esperar a los directores cuando éstos no acudían puntuales a las citas de trabajo que la daban. Aquí, aunque es el país de la puntualidad, no por esto dejan de tener que esperarse los artistas horas y horas, pues los directores son unos verdaderos amos y no quieren que nadie les pida ni tan siquiera explicaciones cuando citan a los artistas para «locación», reparto, etc.

Con que ya veis con que motivo tan leve Cumellas tiene que dejar este país de ensueño y volver a la querida Patria en busca de lo que aquí no pudo conseguir: ser «star».

Ya tenemos de vuelta de su viaje por Europa a Ricardo Cortez y Alma Rubens, su mujer. Ricardo viene encantado de la belleza del Viejo Continente, aunque ninguna frase de gran entusiasmo ha pronunciado en favor del director Leonce Perret, que dirigió la película, sin título aun, que hizo Ricardo en Europa. Nadie sabe si es buena o mediana, lo único que todo el mundo conoce es que Ricardo ha traído consigo una copia para explotarla en los Estados Unidos y que hay tres importantes casas distribuidoras dispuestas a explotarle la cinta.

Si Alma Rubens no trabajó en Europa, fué sencillamente porque nadie se atrevió a pagarle los miles de dólares semanales que gana en Hollywood la muchacha.

Se acentúan cada día más los rumores de que Pola Negri piensa dejar la Paramount y hacer un viaje a Europa, con la idea de filmar una película en Alemania.

Mae Murray ha recibido una citación del Juez de Nueva York por la reclamación que Isaac Albert le hace de una póliza de seguro de vida por valor de 100.000 dólares, que Mae ha venido pagando religiosamente hasta febrero de 1928, pero ahora no quiere pagar, alegando que lo ha pensado mejor y no quiere continuar asegurada.

Se conoce que Mae piensa vivir más años que Matusalén.

¿Quiere V. ser rubia?

y dar a la vez a sus
cabellos un rizado
natural muy atractivo?

Aplicuese al peinarse
LOCION RIZADORA
MARIA MERCEDES - Doradora

Frasco Pts. 8 - en las perfumerías

Conway Tearle está muy triste. Su sueldo semanal se verá mermado por culpa de su primera esposa, que ha pedido al Juez y lo ha obtenido, un aumento en su «Alimony» de 75 dólares a 100 cada semana. La señora Josephine Park Tearle, primera esposa de Conway, se divorció de él hace doce años, y asegura que la vida está hoy mucho más cara que en aquel entonces. Además, doce años atrás era más joven y el haberla

pues acaba de realizar «La vida y muerte de 9413», con un gasto de sólo 97 dólares. Esta película está excelentemente realizada y ya ha sido contratado su estreno por la United Artists como complemento a la última película realizada por Gloria Swanson.

Uno de los divorcios más estupendos que



Una escena de explicaciones y descargos de «Bailarinas con taxímetro»

abandonado la ha privado de encontrar un buen partido y esto también vale dinero.

Conway asegura que hubiera dado dólares 10,000 al que hubiera hecho la locura de casarse con la seductora Josephine.

También afirma el pobre Conway que lo que más siente es que va a llegar el día en que no va a poder pagar el «alimony» a su Josephine, pues en 1927 sólo ganó Conway 18,000 dólares, cantidad que ni para cigarrillos le llega a un «star».

Henry B. Walthall está alcanzando éxitos resonantes en el escenario del Grove de Los Angeles con «The Speakeasy.»

John Barrymore satisfecho de haber dado fin a su película «The Tempest» que llevaba trazas de no terminar nunca y de agotar el número de protagonistas, ha cogido su yacht y se ha metido mar adentro con rumbo desconocido.

Robert Florey ha batido todos los records de economía en la filmación de películas,

han pisado los juzgados americanos es, sin duda alguna el de Madge Bellamy con Logan F. Metcalf, que ha pasado de la noche a la mañana a la posteridad.

Logan, para hacer más fuerte su demanda de divorcio presentó al juez un extracto de su diario, un diminuto librito que Logan aseguraba había comenzado para catalogar las escenas de amor con su Madge, que ni más ni menos dice lo siguiente:

Día 23 de enero de 1928. — Me enamoré de Madge Bellamy, me escapé con ella y nos casamos en Tía Juana aquel mismo día.

Día 25. — Madge se ha incomodado conmigo y me niega la palabra.

Día 26. — Me presenté en los estudios de la Fox, tenía paso libre, era el marido de una «estrella». Fui a su cuarto de arreglarse y allí mi Madge me confesó que no me quería ni me había querido nunca, que todo había sido una locura y que era necesario terminar para siempre. Después de muchas palabras dulces Madge accedió a encontrarse conmigo a las cuatro de la tarde en el Boulevard Hollywood. Puntual estuve en la cita, pero ella no compareció. De allí me encaminé a casa de los padres de Madge y la encontré. Me recibió como quien dice con las uñas y me volvió a repetir que no me quería y que me vería cuando le diera la gana.

Día 27. — Pasó el día más tranquilo. Pude oír el trino de los ruiseñores y deleitarme con el canto del jilguero que Madge tiene en casa. No regañamos, eso fué todo.

Día 28. — Madge se despertó sobresaltada. Se quitó el anillo de boda y me ordenó que abandonara aquella casa inmediatamente. Así lo hice.

Día 29. — Día gris.

Día 30. — Hoy tampoco la he visto. Presumo que alguien me sigue.

Día 31. — No he salido en todo el día de casa. La pena me agobia.

Día 1.º de febrero de 1928. — He salido a distraer mis negras ideas. La quería más de lo que me figuraba.

Día 2. — Dos detectives me han seguido todo el día. Deben ser pagados por ella.

Aquí hace un alto en su libro Logan y salta al 7 de marzo, donde escribe:

Mi abogado ha presentado demanda de divorcio contra mi esposa Madge Bellamy por crueldad. Espero que los jueces se harán perfecto cargo de mis sufrimientos y de las crueldades de que me ha hecho objeto Madge.

Y vaya, vaya que el caso es singularmente curioso.

El verdadero nombre de la nueva «star» que está lanzando la Metro Ann Page, es Anita Pomares.

Ya ha quedado aclarado lo de que el Marqués de la Falaise se iba a divorciar durante su próxima estancia en París. El motivo del viaje no es otro que dar un plazo nuevo de estancia en esta tierra al marido de Gloria Swanson.

Más vale así.

Betty Compson coquetea con todo el mundo y las malas lenguas se ceban en su persona, pero su marido James Cruze está tan ocupado que ni se entera de ello.

No hay nada mejor que un país alegre y confiado: es un verdadero paraíso.

Fritzi Ridgeway y su marido Constantin Bakalienikoff, ambos del mundo cinematográfico, han inaugurado su nueva casa de Hollywood con una espléndida fiesta en honor del cumpleaños de la hija y del aniversario del casamiento de los esposos Schildkrant, grandes amigos de los amos de la casa.

A la edad de 83 años murió William H. Crane, que desde hacía 60 años trabajaba en el teatro. William, últimamente aparecía en varias películas con papeles de carácter. Su muerte ha sido muy sentida en la colonia de Hollywood.

Frank Labes, antiguo artista de la ciudad Universal, ha sido acusado ante el Juez dos veces con dieciocho cargos de falsificación.

No hay duda que si Frank no arregla sus cuentas antes de que el juez dicte sentencia, va a la cárcel de cabeza.

LUIS SAAVEDRA.

Hollywood, abril 1928.

Sr. Administrador de EL CINE SENECA, 11 BARCELONA

D. de

Provincia de calle de

remite pts. 2'50-5-10, en sellos de correo - giro postal, importe de la suscripción a un trimestre - semestre - año de su revista.

Táchense las formas que se rechacen.

Nuestro concurso

Gazapos pelicularos

Es de todos bien conocida la importancia y maestría que ha logrado alcanzar la cinematografía, pero tampoco nadie ignora que a pesar de todo, en la confección de algunas películas suelen escaparse algunos defectillos, como son las equivocaciones, de contrasentido, falsedad de época o lugar, descuidos, títulos intempestivos fuera de sitio, mala redacción, etc., que causan tanto la indignación de los amantes del arte silente, como la risa del público.

Tales equivocaciones o descuidos son en su mayoría corregibles, y a fin de ayudar con nuestros pequeños medios a los cinematografistas, y al mismo tiempo que sirva de solaz entretenimiento a nuestros queridos lectores, hemos creído adivinar el pensamieto de millares de personas, inaugurando esta nueva, a la par que interesantísima sección, en la cual podrán colaborar todos nuestros lectores, con la única condición de que sus notas han de ser fiel reflejo de la verdad, y revestido de la más absoluta buena fe.

BASES

Toda nota debe venir acompañada con el cupón convenientemente llenado que insertamos al pie, en sobre abierto y franqueado con un sello de cinco céntimos sin cuyos requisitos no será publicada.

De la veracidad del escrito enviado responde únicamente el remitente, no haciéndonos, en caso alguno, solidarios de las notas enviadas y publicadas.

Las notas remitidas serán publicadas por orden riguroso de recepción.

PREMIOS

Mensualmente se premiarán 1.º Cuatro mejores Gazapos recibidos con la suma de 20 pesetas el primero; 10 el segundo y 5 pesetas cada uno, el tercero y cuarto.

El importe de los mismos será remitido, bien por giro postal u otra forma más conveniente, a la dirección del concursante premiado, inserta en el cupón.

CONCURSO DE GAZAPOS PELICULEROS

D. _____ habitante en _____
 Provincia de _____ calle _____ n.º _____
 piso _____ puerta _____ remite para el concurso, y de absoluta conformidad con las
 bases publicadas, el gazapo de la película _____
 que es como sigue _____

Leiss Ikon A.G., Dresden

(Unión de las marcas: Contessa, Ernemann, Goerz, Ica)

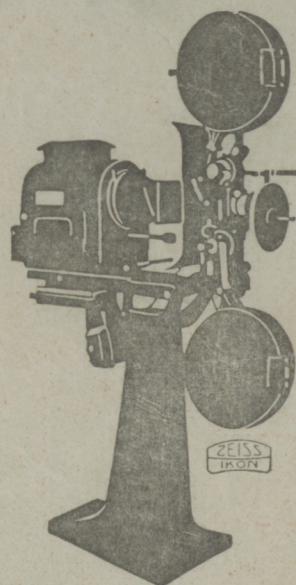
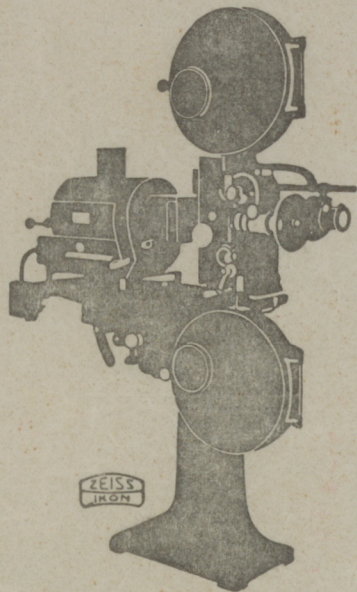
“HAHN-GOERZ” &
 “ERNEMANN”

Las máquinas cinematográficas que reúnen
 los más modernos perfeccionamientos

PIDANSE LOS
 CATALOGOS GRATIS

a los concesionarios generales:

C. & G. CARANDINI, LTDA.



BARCELONA - VIA LAYETANA, 21



MADRID - AVD. PI Y MARGALL, 9

La supremacía en
la Cinematografía
la sigue ostentando,
indudablemente la casa

L. GAUMONT

gracias a sus últimas
cuatro producciones que han
alcanzado un éxito
sin precedentes



Son cuatro Se-
lecciones Gau-
mont Diamante
Azul, fuera de
programa

Casanova, el galante aventurero

(Sté. des Cinéromans)

La obra cumbre de la cinematografía,
magistralmente interpretada por
Ivan Mosjoukine, el héroe de Miguel
Strogoff.

La tía Ramona

La primera producción nacional
Gaumont, interpretada por artistas
nacionales. La película de todos los
españoles.

D. Quijote de la Mancha

(Palladium Film)

Fidelísima evocación de las más cé-
lebres aventuras del Caballero de la
Triste Figura y de su escudero
Sancho Panza.

Bodas sangrientas

(Pittaluga Film)

La superproducción de gran espec-
táculo, en la que la incomensurable
trágica italiana María Jacobini nos
deleita con su arte único e insupe-
rable.

